

Fernando Uriarte

Realidad y posibilidad de Luis Durand



A muerte de un escritor supone, entre otras cosas más amargas, la abundante publicación de artículos afectuosos, preñados de recuerdos amables y de anécdotas, que han de incrementar el volumen de datos frescos que precisa la posteridad en su hora de revisión. Los lejanos críticos y lectores del futuro, favorecidos por el tiempo y la distancia, fijarán, en definitiva, el valor y el contenido de la obra. Pero los contemporáneos del escritor fallecido no podemos descansar confiados en el juicio de las generaciones venideras que, por otra parte, no conoceremos. Debemos asumir la obligación permanente que nos impone nuestra vida, nuestro presente, necesitado, para sostenerse, de las opiniones que le son posibles atento a su propia experiencia. No formamos juicio categórico alguno sobre las cosas pero afirmamos nuestro sentir y nos comportamos en consecuencia.

Los libros que escribió Luis Durand comprometieron nuestra sensibilidad y ocuparon una parte de nuestro tiempo. Su lectura nos deparó momentos gratos y valiosos y en ella nos detuvimos, a veces, intrigados y perplejos, al caer en la cuenta de que decrecía sensiblemente el encanto de la narración y perdía mérito. Bueno es que nos planteemos hoy, todavía entristecidos por su partida, lo que fué para nosotros este escritor que, poseyendo una indiscutible vocación, anduvo constantemente extraviado por los caminos de la novela y del cuento.

Luis Durand, pese a sus admirables condiciones de narrador ameno y a su conocimiento temático, directo y completo, nos dió la sensación de un aficionado con facultades de maestro, de un escritor que, en definitiva, no llegaba a serlo plenamente.

Raúl Silva Castro dijo en alguna ocasión que Joaquín Edwards Bello tenía más talento que el que era capaz de administrar. El caso de D. Luis no es el mismo. Derramó íntegramente su talento en moldes ajenos y terminó por malograrlo lamentablemente.

Al pensar en la etapa de su vida sureña, preliteraria, cuando oficiaba de contador en los fundos, llegamos a entender esto con claridad.

Allá en el sur, en las verdes y húmedas tierras de Traiguén, Durand soñó ser novelista y edificó en su conciencia una imagen legendaria de ese destino de hombre que va conmoviendo a la gente con sus historias. No pudo escapar a su percepción la cuantía de sus dotes para el oficio, su gran capacidad —era excesivamente capaz— y, con cuidado, dió en escrutar hondamente la vida del campo, identificándose con ella, haciéndola suya. Su aguda sensibilidad nos dió la sensación del paisaje —no el inventario del paisaje— fácilmente, haciéndonos participar de él con muy poco. Algunos le igualan, nadie le supera, en administrar sabiamente el olor de un boldo captado a su hora, el torpe vaivén de un jamelgo bajo el sol ardiente, la brusca llegada de la noche... En esa etapa de formación vivida en el retiro sureño empapó su retina de todo el color, el aroma y la línea, que le serían indispensables. Y era tanta su pasión y su amor lírico por la vida a campo abierto que D. Luis llegó, naturalmente, a hablar como un campesino y vimos madurar y crecer, por debajo de su conversación, ese modo, ese estilo tan original de escritor huaso.

Ahora bien. ¿Por qué todos estos recursos excepcionales no fueron suficientes para ayudarle en su propósito de novelar el campo desde dentro, sin convenciones, dando forma y libertad a la

vida autóctona que pugnaba por filtrarse por entre la membrana semipermeable de su alma?

Un complejo absurdo, de afuerino, taladraba implacablemente las posibilidades que le proporcionaban sus grandes recursos, las empujaba o anulaba. ¿Cómo esclarecer esta palpitante realidad de uno de nuestros escritores mejor dotados?

En "Gente de mi tiempo" sorprendemos una confidencia fundamental que contesta el interrogante. Durand, provocado por una carta de su hermano Manuel, desnuda con ejemplar sinceridad la raíz de su complejo. "Aquella carta me hizo soñar en cosas inasibles, en escribir en los diarios y en las revistas. *En ver al pie de un relato mi nombre.* ¡Oh, que maravilloso sueño me parecía aquello que después, como todas las realidades que logramos aprisionar en nuestra existencia, no ofrecen mayor encanto! Sinceramente nunca creí que era capaz de escribir algo que tuviera la forma de un cuento" (pág. 15). Esto es revelador. Descansando en estas palabras no cuesta mucho sospechar que escritores como Federico Gana, Mariano Latorre, Rafael Maluenda, Eduardo Barrios, y otros, debieron significar para Durand ejemplos atrayentes a seguir.

Así sucedió. Palmo a palmo recorrió estas huellas y desperdició la mayor porción de sus facultades. Descontando un par de obras en las que se revela distinto, seguro y original, nuestro autor siguió la ruta literaria de Mariano Latorre.

A los cuentos cordilleranos de Latorre respondió con cuentos cordilleranos; si Latorre componía novelas él escribía novelas, aunque más largas. Cuando Latorre se dió a publicar memorias o ensayos, Durand compuso y publicó rápidamente memorias o ensayos. Podemos señalar que se dió un respiro en esta persecución cuando Eduardo Barrios llegó a *best-seller* con "Gran Señor y Rajadiablos". Esta novela magistral destaca la figura de un hombre del siglo XIX, José Pedro Valverde, y su vivencia típica de portaliano emprendedor y progresista. Luis Durand concurre entonces a las vitrinas de las librerías de Chile con su novela "Frontera".

Creación cuajada en vida auténtica, de composición azarosa e imperfecta, sabrosa y enmarañada que, en su luengo suceder, jadea y pierde aliento, a veces. Es una epopeya a tirones conseguida por una fuerte voluntad que, entre capítulos de relleno, logró dar cima a un desenlace preconcebido. Se trata de la pintura de la boscosa Frontera con otro estilo pero con similares recursos que los administrados por Barrios. Repite el gesto a su manera, cambiando el escenario y, como era escritor en cualquier terreno, el éxito le sonrió.

"Frontera" y "Gran Señor" son creaciones gemelas que se desarrollan en la época que precedió a la Guerra del Pacífico. La concepción del tema, en general, y los recursos novelescos puestos en juego tienden a configurar una estampa representativa e individual, un solo personaje simbólico, que pueda integrar esa galería de tipos nacionales salidas de las mejores novelas del continente. D. Segundo Sombra y Doña Bárbara están en buena compañía junto a José Pedro Valverde y a Anselmo Mendoza. Los estupendos personajes de Durand y Barrios consumen su vida arrastrados por el mismo destino. Las etapas son congruentes hasta en sus menores aspectos: infancia solitaria, juventud impetuosa de labor agotadora hasta en sus amores, matrimonios que aportan la primera ventaja, plenitud dominadora de la vida que triunfa sobre el contorno social y lo modifica, lances y aventuras, abigeatos, crímenes, etc. Ambos personajes cumplen con la Patria en la guerra y luego quedan, silenciosos y adustos, observando el avance incontenible de la nueva época. El gobierno del país empieza su control y llega hasta la propiedad de Valverde, en la persona de unos inspectores, mientras Mendoza está mirando el paso atronador del ferrocarril que ennegrece el viento húmedo de la Frontera. No conocemos otro paralelismo más acentuado en nuestra literatura. Las dos novelas se editaron con poco más de un año de diferencia. "Frontera" recogió el guante y agotó toda la capacidad del autor, empecinado en competir y superar la labor de sus contemporáneos. El que no se creía capaz de escribir algo que tuviera la forma de un cuento atendió, peligrosamente, a la fórmula personal de sus colegas.

El verdadero, el que según pensamos debió ser, se quedó semiescondido en una obrita que contiene al mejor Durand: "Casa de la infancia". Sorprendemos en ella ese modo reflexivo, sobremanera atento al recuerdo del pasado y a la emoción que fluye, amortiguada, del fondo de las vidas sencillas.

Durand, sumergido en esa atmósfera quejumbrosa, lírica y reminiscente, que singulariza su producción, ha dado en recordar. ¿Qué? La casa, la única que se ha tenido, variando de color y ambiente con las estaciones. La madre, el jardín y su tertulia, el rico desayuno y el charqui, la siesta y las visitas, la "torta de plumas" y el dulce de hojarasca, el té... Con ello va dibujando un triste señorío provinciano, con tardes de domingo, suaves conversaciones y golosinas. El escritor, transfigurado en un grave señor, va describiendo cuidadosamente el silencioso pasar de la vida provinciana.

Todo esto, trabajado en profundidad, esquivando medirse con nadie, debió darnos al novelista de la clase media de provincia. Le favorecía esa aptitud tan peculiar para lo menor, el fino oído que podía registrar los matices más recónditos de la vida tranquila, la fluvial abundancia del relato, indispensable en la producción cíclica.

Ese novelista, que no tenemos, se malogró. Sobrestimó desde la partida la meta que debía alcanzar y, en el deseo de ser como otros, se extravió.

Tendrán que violentar substancialmente lo normal los escritores que, en el futuro, quieran traer huasos, mineros, arrieros y bandidos a nuestra literatura, buscando despertar el interés del lector. En este sentido Hernán Jaramillo constituye un ejemplo.

Ya nuestra crítica literaria fijó a su tiempo las calidades y defectos que contenían los escritos de Durand. Nosotros nos aventuramos en la zona de sus posibilidades fallidas pretendiendo rendir un homenaje, amargo y violento, tal vez, al que pudo ser y que una rara circunstancia sofocó.